

DE LA "RERUM NOVARUM" A LA "CENTESIMUS ANNUS": CIEN AÑOS DE ENSEÑANZA SOCIAL DE LA IGLESIA

DR. LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL
Instituto Superior de Pastoral
Madrid

Como todo el mundo sabe, Juan Luis Ruiz de la Peña fue un hombre extraordinariamente respetuoso hacia el magisterio de la Iglesia. En el último libro que publicó en vida escribió: Hoy "se propende a devaluar a aquellos teólogos que no exhiben en su *curriculum* (porque no puedan o *porque no quieran*) las cicatrices gloriosas de una refriega con su obispo o (mejor aún) con Roma. Huelga decir que tan pintoresco criterio valorativo constituye un auténtico *novum* en la historia de la Iglesia; hasta hoy, nunca se había pensado en algo semejante" ¹. Por qué subrayó Juan Luis el "porque no quieran" es un secreto a voces. En recuerdo suyo voy a ofrecer en estas páginas una panorámica del magisterio que mejor conozco: la enseñanza social de la Iglesia de los últimos cien años.

I. EL DESPERTAR DE LA IGLESIA A LOS PROBLEMAS DE LA HUMANIDAD

El gran historiador del Concilio de Trento, Hubert Jedin, se preguntaba: "¿Por qué tan tarde?" ². Cien años antes habría servido para evitar la catastrófica división de las iglesias; en 1545 sirvió solamente para

¹ J. L. Ruiz de la Peña, *Crisis y apología de la fe* (Santander, Sal Terrae, 1995) 322.

² H. Jedin, *Historia del Concilio de Trento* (Pamplona, Universidad de Navarra, 1972) I, 183.

limpiar la casa que muchos habían abandonado ya. Pues bien, algo parecido podríamos decir de la *Rerum novarum* (RN). Seguramente si una encíclica semejante se hubiera publicado cien años antes, en los comienzos de la revolución industrial, la Iglesia no habría tenido que lamentar la desafección de la clase trabajadora.

Es verdad que la *Rerum Novarum* vino precedida por un movimiento —vigoroso, aunque minoritario— llamado "catolicismo social"; pero desgraciadamente ese "museo de horrores sociales" que, en frase de Alphonse Daudet, fue el primer capitalismo no pareció preocupar a los dos Papas que precedieron a León XIII. A pesar de que entre 1817 y 1850 no dejaron de bajar los salarios hasta caer por debajo del nivel de subsistencia, Gregorio XVI guardó silencio. En la encíclica *Mirari Vos* (15-8-1832) enjuició con dureza todas las formas de liberalismo salvo una que ni siquiera mencionó: el liberalismo económico. Tampoco su sucesor (Pío IX) se hizo portavoz de las inquietudes sociales que empezaban a nacer en algunos grupos de católicos. Para denunciar la situación en que vivían los trabajadores en el siglo pasado no brotó de su pluma ninguna de esas frases fulgurantes que encontró para vituperar el pensamiento liberal, el socialismo o las organizaciones revolucionarias. Es verdad que se planteó condenar el capitalismo en el *Syllabus* (en los primeros borradores varias de sus tesis lo fustigaban), pero la versión definitiva se orientó en otras direcciones. Entre los esquemas elaborados para el Concilio Vaticano I había uno relativo al problema social ("Decretum de pauperum operariorumque miseria sublevanda"), que comenzaba con esta frase significativa: "No podemos guardar silencio". Pero al suspenderse el Concilio el 20 de octubre de 1870, debido a la ocupación de Roma por las tropas italianas, ese esquema, como tantos otros, no llegó a ser discutido.

La llegada de Gioachino Pecci a la sede pontificia en 1878 representó una auténtica convulsión. Se cuenta que al día siguiente de su elección, llamando al cardenal Franchi para hacerlo su secretario de Estado, resumió en esta frase las grandes líneas de su proyecto: "Queremos hacer gran política". La expresión seguramente no es histórica, pero refleja muy bien lo que quería y debía ser el pontificado del nuevo papa: una apertura de la Iglesia a los problemas de la humanidad. Para ello el propio León XIII necesitó vivir una notable evolución personal. No debemos olvidar que, siendo obispo de Perusa, fue uno de los inspiradores del *Syllabus*.

II. LA "RERUM NOVARUM"

Cumpliendo su propósito, durante los trece primeros años de su pontificado el magisterio de León XIII se centró preferentemente en los temas políticos: encíclicas *Inscrutabili Dei* sobre la Iglesia y la civilización; *Diuturnum Illud*, publicada tras el asesinato del zar Alejandro II sobre el origen de la autoridad política, *Immortale Dei* sobre la constitución cristiana del Estado, etc. Lo económico-social llegó en 1891, con la *Rerum Novarum*.

El 30 de enero de 1888, el nuevo Pontífice concedió una audiencia a la Unión de Friburgo que, con el apoyo del cardenal Mermillod, venía celebrando desde 1885 unas sesiones de estudio que fueron de gran importancia para la maduración del llamado catolicismo social. A lo largo de la entrevista Mons. Mermillod dijo: "Ahora que el Papa ha hecho la paz entre los pueblos (alusión al arbitraje de las Filipinas), ¿no podría tomar en sus manos la causa de la pacificación de las clases?" León XIII sonrió y, asintiendo, hizo un importante anuncio: Apenas viera la luz la encíclica sobre la libertad (aparecida poco después, en junio del mismo año), pondría manos a la obra en una encíclica sobre cuestiones sociales.

Un jesuita (el P. Liberatore) y un dominico (el Cardenal Zigliara) prepararon los borradores; aunque bien podríamos decir que, a través de ellos, todo el mundo contribuyó a su redacción. Como dice van Gestel, "Marx proporciona al Papa las estadísticas del *British Museum*; Kolping le cuenta las preocupaciones de un compañero de viaje; Von Ketteler le da un principio de organización; Manning le cuenta la mentalidad de un obrero portuario; Hugo y Zola le hablan de la condición de los mendigos de París y de la vida bajo los puentes del Sena. Múltiples aportaciones confluyeron en la *Rerum Novarum* y encontraron su equilibrio, probado y decantado en las fórmulas de un latín clásico, en los textos de Tomás de Aquino y de los antiguos Padres de la Iglesia"³.

En el título de la encíclica—"Cosas nuevas"— está implícito el problema que abordará: León XIII tomó conciencia de la transformación del mundo, en particular del mundo del trabajo. Por eso la Encíclica comienza aclarando en qué consiste para el Papa Pecci "la cuestión social": No es simplemente el *pauperismo* —que ha existido siempre— sino las *relaciones*

³ C. van Gestel, *La Doctrina Social de la Iglesia* (Barcelona, Herder, ⁵1964) 83.

entre el capital y el trabajo que, a partir de la revolución industrial, entrañan una problemática totalmente nueva: "Un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto poco menos que el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios" (RN 1)⁴.

La primera parte de la encíclica se dedica a criticar la alternativa propuesta por los socialistas (RN 2-11). En opinión de León XIII, lo que hace falta no es suprimir la propiedad privada, sino generalizarla (RN 33).

Descartada la solución socialista, la pregunta de vital importancia que debía responder la *Rerum Novarum* era si la cuestión social podía encontrar solución en el marco del liberalismo económico o, por el contrario, debía ser rechazado en bloque igual que el socialismo.

En el catolicismo social existía una corriente radicalmente anti-liberal (tan antiliberal como antisocialista), representada por la escuela alemana y austriaca y seguida por la Tour du Pin, que propugnaba el retorno a un régimen más o menos semejante al de los gremios medievales. Distanciándose de esa corriente, la opción de la *Rerum Novarum* será por *humanizar el liberalismo económico*. Eso supone, naturalmente, una aceptación básica del nuevo sistema, es decir, una postura paralela a la que el mismo León XIII adoptó un año después frente a la democracia, la otra "cosa nueva" del siglo XIX.

Según la *Rerum Novarum*, la humanización del capitalismo se alcanzará gracias a la colaboración de la Iglesia, del Estado y de los propios interesados.

En primer lugar, oponiéndose a las corrientes privatizadoras de la fe propias de la modernidad, León XIII quería una Iglesia socialmente comprometida. Comprometida, desde luego, por su acción social y caritativa (RN 21), pero también por hacer suya la causa de la justicia y la reforma de las costumbres, igual que ya hiciera en tiempos del imperio romano (RN 14-20).

En segundo lugar, "atacando audazmente los ídolos del liberalismo" —como diría cuarenta años más tarde Pío XI—, León XIII exigió que también el Estado contribuyera a solucionar la cuestión social con leyes oportunas y políticas sociales (RN 22-30). La pretendida neutralidad de la que por aquel entonces hacían gala los gobiernos servía en la práctica

⁴ Únicamente a partir de la *Pacem in Terris*, de Juan XXIII, las encíclicas tienen numeración oficial. Para los documentos anteriores sigo la numeración de la BAC.

para dejar indefensos a los trabajadores en manos de los capitalistas: "En la protección de los derechos individuales se habrá de mirar principalmente por los débiles y los pobres. La gente rica, protegida por sus propios recursos, necesita menos de la tutela pública; la clase humilde, por el contrario, carente de todo recurso, se confía principalmente al patrocinio del Estado. Este deberá, por consiguiente, rodear de singulares cuidados y providencia a los asalariados, que se cuentan entre la muchedumbre desvalida" (RN 27).

En contra, por último, de los que pretendían abordar la cuestión social con medidas de carácter paternalista, sostuvo el derecho de los obreros a asociarse para defender sus justas reivindicaciones. En el borrador de Zigliara se hablaba tan solo de asociaciones "mixtas", de patronos y obreros, lo que hacía sospechar cierta nostalgia de los gremios medievales. Una corrección introducida a última hora por el mismo León XIII contempla la doble posibilidad: asociaciones "de obreros solamente o mixtas de las dos clases" (RN 34).

Es verdad que, leída hoy, la *Rerum Novarum* resulta tímida; y probablemente lo era ya entonces. Sin embargo, causó una auténtica conmoción para todos los bien pensantes que se habían acostumbrado al liberalismo económico y lo consideraban como el orden natural y necesario. Un venerable profesor de Comillas calificaba a León XIII como "débil mental", y está documentada la existencia en España de grupos que se reunían a rezar por la conversión del Papa, porque se había puesto "a favor de los movimientos de reivindicación obrera".

Antes de dejar a León XIII debemos mencionar la encíclica *Au milieu des sollicitudes*, que dirigió el 16 de febrero de 1892 a los católicos franceses pidiendo su adhesión ("ralliement") a la III República, instaurada en 1868. No afirmó todavía que la democracia fuera el mejor sistema de gobierno —para ello será necesario esperar a Pío XII— pero sí que era tan legítimo como los demás. Hay indicios ciertos de que León XIII no fue un demócrata; más aún, que sentía aversión por la democracia. Sin embargo, con una buena dosis de pragmatismo, colaboró e invitó a colaborar con la democracia francesa.

III. DE LEÓN XIII A PÍO XII

El sucesor de León XIII fue San Pío X (1903-1914), hombre con una gran preocupación pastoral que emprendió la renovación de la Iglesia con su famosa expresión *revertimini ad fontes*. Desgraciadamente, no tenía la misma sensibilidad para las cuestiones sociales y con él retrocedió la Enseñanza Social de la Iglesia. El nuevo Papa, ya en su primer documento (*E Supremi Apostolatus*), puso de manifiesto lo sencillo que resultaba para él el problema social: si se respetase la ley del Señor, los ricos se harían justos y caritativos y los pobres llevarían pacientemente sus privaciones. Por tanto, durante el pontificado del Papa Sarto los católicos comprometidos en la transformación de las estructuras se convirtieron en sospechosos de "modernismo social y político" y pagaron las consecuencias.

Benedicto XV, el Papa que ocupó la silla de Pedro durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), estuvo a la altura de las circunstancias en los problemas políticos y fue un trabajador incansable por la paz. No sólo elaboró un rico magisterio sobre la paz —durante la guerra *Ad beatissimi* (1-11-1914) y *Dès le début* (1-8-1917), después de la guerra *Pacem Dei munus* (23-5-1920) e *In hac quidem* (21-11-1921)— sino que coordinó diversas ayudas humanitarias que hicieron del Vaticano una segunda Cruz Roja. Sin embargo, en lo referente al problema social el magisterio de la Iglesia permaneció estancado en la *Rerum Novarum*.

Pío XI fue el Papa del período comprendido entre las dos guerras mundiales. Elegido el 6 de febrero de 1922, pocos años después de concluir la primera, murió el 20 de febrero de 1939, cuando la segunda estaba a punto de estallar.

El 15 de mayo de 1931 publicó la encíclica *Quadragesimo Anno* (QA) para conmemorar el 40 aniversario de la *Rerum Novarum*. El principal redactor fue el jesuita alemán Oswald von Nell-Breuning. Hasta ocho redacciones tuvo la encíclica y todas pasaron por sus manos, o al menos contaron con su aprobación. Parece que también intervinieron los padres Albert Muller (jesuita belga), Desbuquois, Danset (jesuitas franceses) y algunos otros cuyos nombres siguen siendo una incógnita (no olvidemos que los archivos vaticanos se abren al público —salvo excepciones— pasados 75 años).

Se hacía necesario decir una palabra nueva porque el régimen económico al que se había referido la *Rerum Novarum* —un sistema de muchas

pequeñas unidades económicas próximo a la competencia perfecta— no era ya más que un recuerdo lejano. "La libre competencia —dice Pío XI— se ha destruido a sí misma" (QA 109) y "han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más violentos y los más desprovistos de conciencia" (QA 107).

La QA fue una encíclica valiente. Los párrafos 100-109 en que se denuncia la dictadura económica son duros y serios; difícilmente puede usarse un lenguaje más enérgico. En varios aspectos representa un avance con respecto a la *Rerum Novarum*. Por ejemplo, hay un mayor equilibrio entre el carácter individual y el carácter social de la propiedad (QA, 45) y se reivindica ya el salario familiar (QA, 71). Se sostiene además que "estaría más conforme con las actuales condiciones de la convivencia humana suavizar algo el contrato de trabajo mediante el contrato de sociedad" (QA 65). La duda que surge es si esas aspiraciones podrán hacerse realidad dentro del orden social vigente. Pío XI no duda en contestar negativamente y por eso la *Quadragesimo Anno* se plantea un objetivo más ambicioso que la *Rerum Novarum*, como sugieren ya los subtítulos de ambas encíclicas: Se propone abordar no sólo "la situación de los obreros" sino también "la restauración del orden social y su perfeccionamiento de conformidad con la ley evangélica".

Para ello la *Quadragesimo Anno* propuso un modelo concretísimo de organización social que se ha dado en llamar *corporativismo* o *corporativismo* (QA 78-90). Aunque el aprecio por un sistema corporativo tenía una larga tradición entre los católicos sociales desde mediados del siglo XIX⁵, por basarse en la armonía entre las clases, no fue asumido por León XIII en la *Rerum Novarum*. Ahora, con Pío XI, emergerá con fuerza.

Fue una propuesta desafortunada. En primer lugar porque no es tarea de la Iglesia proponer alternativas técnicas (el corporativismo de la *Quadragesimo Anno* era, de hecho, una "tercera vía" entre el capitalismo y el colectivismo). Y, en segundo lugar, porque el inciso de QA 91-96 —que, según ha declarado O. von Nell-Breuning, se vio obligado a introducir a petición de Pío XI⁶— hizo pensar a muchos que la "tercera vía" católica

⁵ Cf. G. Jarlot, *Le régime corporative et les catholiques sociaux. Histoire d'une doctrine* (Paris, Flammarion, 1938).

⁶ "Poco antes de finalizar los trabajos, envió Pío XI un texto manuscrito en italiano sobre el fascismo, el cual debía ser incorporado en el lugar más apropiado" (O. von Nell-Breuning, *Wie sozial ist die Kirche* [Düsseldorf, Patmos Verlag] 119). Cf. del

coincidía con el corporativismo fascista. Es verdad que Pío XI afirmó insistentemente que las corporaciones deben ser asociaciones de derecho privado y, por lo tanto, los agentes productivos tienen absoluta libertad para incorporarse a ellas o dejar de hacerlo (QA, 86-87), pero eso pasó desapercibido.

Pío XII insistió todavía varias veces en la organización corporativa de la economía. No así Juan XXIII, que en la *Mater et Magistra* (MM) guardó un significativo silencio sobre el particular, por lo que muchos se preguntaron si ese silencio debía interpretarse como un abandono clandestino de la propuesta. Unos años más tarde Pablo VI no tendrá reparo en afirmar que la Iglesia ha superado ya "una cierta preferencia histórica por las formas corporativas y por las asociaciones mixtas"⁷.

Lo que sí ha quedado de la *Quadragesimo Anno*, y revalorizándose según pasa el tiempo, es el desarrollo del llamado *principio de subsidiariedad*: a todos los que están dispuestos a trabajar por el bien común hay que dejarles libertad para ello y prestarles ayuda, sin que los poderes públicos pretendan realizar todo por sí mismos. La exposición que hecha en los nn. 78-80 es realmente magistral y no ha sido superada todavía.

La defensa del principio de subsidiariedad venía exigida por los grandes cambios ocurridos a lo largo de los 40 años transcurridos desde la *Rerum Novarum*. Si León XIII vivió en la época de los gobiernos *impotentes*, que respetaban fielmente los principios del liberalismo, a Pío XI le tocó vivir en un tiempo de gobiernos *prepotentes* e incluso *omnipotentes*. De hecho, fue el gran luchador doctrinal contra los totalitarismos. El 29 de junio de 1931 publicó la encíclica *Non abbiamo bisogno* ("No tenemos necesidad") contra el fascismo de Mussolini. La ocasión se la brindó una medida del Duce que eliminó de un plumazo la Acción Católica: cinco mil grupos de la juventud masculina y diez mil de la juventud femenina. Fue un apasionado alegato contra la estatolatría que consiguió algún resultado: Nueve semanas más tarde, el 2 de septiembre, Mussolini llegaba a un acuerdo con el Vaticano sobre la Acción Católica. El 14 de marzo de 1937 publicó la *Mit brennender Sorge* ("Con viva preocupación") contra el nazismo alemán, que logró burlar los controles policíacos y fue leída

mismo autor "Octogesimo anno": *Stimmen der Zeit* 187 (1971) 289-296; esp. 291-293.

⁷ Pablo VI, *A voi lavoratori* (22 de mayo de 1966) n. 7 (P. Galindo, *Colección de encíclicas y documentos pontificios* [Madrid, ACE, 1967] t. 1, p. 3118). (La traducción castellana, en vez de "ha superado", dice erróneamente "triunfando").

el día 21 en todos los púlpitos católicos de Alemania. Por último, el 19 de marzo de 1937 hizo pública la *Divini Redemptoris* contra el comunismo ateo, en la que se encuentra la famosa frase de que "el comunismo es intrínsecamente perverso" (n. 60). A nadie le pasó desapercibida la práctica coincidencia de fechas entre estas dos últimas encíclicas. El Papa quiso manifestar su oposición a cualquier totalitarismo, tanto si era de derechas como si era de izquierdas.

Durante los 40 años transcurridos entre la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno* no sólo había cambiado el capitalismo. También el socialismo. Se había dividido en una corriente radical o comunismo y otra corriente moderada o socialismo propiamente dicho. Parecía necesario, por tanto, decir una palabra sobre este tema. Al comunismo ya hemos visto que dedicó unos años más tarde la encíclica *Divini Redemptoris*. Del socialismo moderado habla en la *Quadragesimo Anno*. El Papa constata que se han producido algunos acercamientos a la Enseñanza Social de la Iglesia, como la renuncia a la violencia o la moderación de la lucha de clases y del programa de nacionalizaciones (QA, 113-115), pero considera que, al ignorar el fin trascendente del hombre y de la sociedad, todavía sigue siendo incompatible con la fe (QA, 116-120).

Los católicos españoles, recién instaurada la II República, no tenían un clima demasiado propicio para estudiar y difundir la *Quadragesimo Anno*. De hecho, hubo que esperar tres años hasta que apareció el primer comentario⁸.

Antes de dejar a Pío XI debemos mencionar la *Firmissimam constantiam* (28 de marzo de 1937), sobre la situación de México, en la que plantea el tema de la insurrección contra el poder establecido y desarrolla las condiciones para que sea lícita. Se trata de un tema que habían tratado los teólogos medievales y los del siglo XVI —la famosa cuestión del tiranicidio— pero que después cayó completamente en el olvido.

Durante el largo pontificado de Pío XII (1939-1958) no hubo ningún documento social de importancia. *La solemnità*, un radiomensaje con el que el 1 de junio de 1941 quiso conmemorar el 50 aniversario de la *Rerum Novarum* es mencionado en la *Mater et Magistra* junto a la *Rerum Novarum* y la *Quadragesimo Anno* (MM 41-45), pero no tiene ni mucho

⁸ N. Noguera, *La encíclica Quadragesimo Anno sobre la restauración del orden social. Texto y comentario*. 2 tomos (Razón y Fe, Madrid, 1934).

menos la importancia de dichas encíclicas. El Papa Pacelli mostró en cambio cierta sensibilidad en cuestiones políticas. En el radiomensaje navideño de 1942 ofreció ya un esbozo de declaración de los derechos de la persona humana⁹, y en el de 1944 privilegió la democracia como régimen político¹⁰. Como es lógico, al ocurrir durante el pontificado de Pío XII la Segunda Guerra Mundial, su magisterio sobre la guerra y la paz fue muy abundante. De hecho, el lema que eligió para su pontificado fue *Opus iustitiae pax* y su principal preocupación durante los cinco primeros años (1939-1944) fue el restablecimiento de la paz. Quizás la gran aportación del Papa Pacelli a la Enseñanza Social de la Iglesia es su afirmación de que "la teoría de la guerra como medio apto y proporcionado para resolver los conflictos internacionales está ya sobrepasada"¹¹.

Nadie discute hoy el papel que jugó Pío XII a favor de la paz mundial, que le hizo acreedor al título de *Doctor Pacis*. Sin embargo, tras su muerte surgió una fuerte polémica sobre el presunto silencio del Papa ante los crímenes nazis desatada por el estreno de la obra de Rolf Hochhuth titulada *El Vicario*¹².

En relación al comunismo, la actitud de Pío XII fue de extrema severidad, como lo prueban los famosos "Decretos sobre el comunismo" que publicó con su aprobación la Sagrada Congregación del Santo Oficio el 1 de julio y el 11 de agosto de 1949¹³.

IV. EL PAPA JUAN

Llegamos al pontificado de Juan XXIII (1958-1963). El Papa Juan ha iniciado una nueva época en la historia de la Iglesia. Nadie habría esperado que un hombre de 77 años, a quien los cardenales eligieron como Papa de transición, iba a producir una revolución copernicana con su consigna

⁹ Pío XII, "Radiomensaje navideño de 1942", n. 37 (*Doctrina Pontificia*, [Madrid, BAC, 1958] t. 2, p. 850).

¹⁰ Pío XII, "Radiomensaje navideño de 1944", nn. 7-30 (*Doctrina Pontificia*, t. 2, pp. 874-879).

¹¹ Pío XII, "Radiomensaje navideño de 1944", n. 36 (*Doctrina Pontificia*, t. 2, p. 881).

¹² R. Hochhuth, *El Vicario* (México, Grijalbo, 1964).

¹³ Pueden verse en *Doctrina Pontificia* (Madrid, BAC, 1964) t. 3, pp. 991-995.

del *aggiornamento* y la convocatoria de un Concilio ecuménico. Pero así fue. También comienza con él una nueva etapa en la Enseñanza Social. En sus encíclicas se abre camino un método nuevo —más inductivo que deductivo—, un espíritu nuevo —más de diálogo con el mundo actual que de condena— y unos contenidos nuevos. "Con todo, en aras de la exactitud, hay que precisar que tiene algo del Moisés que conduce a la Tierra Prometida sin llegar a entrar en ella" ¹⁴. Serán el Concilio por él convocado y los papas posteriores quienes lleven a término sus intuiciones.

El 15 de mayo de 1961 se celebraba el 70 aniversario de la *Rerum Novarum*. Cuando todos pensaban que la atención del octogenario Papa estaría absorbida por la preparación del Concilio Vaticano II, cuya inauguración era inminente, sorprendió al mundo con una nueva encíclica, la *Mater et Magistra* (aunque lleva fecha del 15 de mayo para hacerla coincidir con el aniversario de la *Rerum Novarum*, se hizo pública el 15 de julio).

Como hemos visto, desde León XIII se venía identificando "cuestión social" con "cuestión obrera"; es decir, las relaciones entre patronos y obreros. La *Mater et Magistra* abrió por primera vez la cuestión social a un contexto de dimensiones planetarias (MM 157-211). "El problema tal vez mayor de nuestros días —dice— es el que atañe a las relaciones que deben darse entre las naciones económicamente desarrolladas y los países que están aún en vías de desarrollo económico" (MM 157). En 1961 era ya perceptible, en efecto, que el sistema capitalista había "exportado" a los países periféricos gran parte de las penurias que en los primeros tiempos sufrieron los trabajadores europeos. O, como escribió Toynbee, hizo de los países subdesarrollados un verdadero "proletariado exterior" de las grandes potencias industriales.

Es verdad que la situación del Tercer Mundo no fue tratada todavía con la madurez que más tarde lo harían la *Populorum Progressio* (PP) y la *Sollicitudo Rei Socialis* (SRS), pero a Juan XXIII le cupo el mérito de indicar a sus sucesores el camino a seguir.

La *Mater et Magistra* fue también la primera encíclica que abordó los problemas del mundo campesino, dedicándoles tan amplia atención (MM 123-149) que algunos han dado en llamarla la "carta magna de la agricul-

¹⁴ R. M^a Sanz de Diego, "Periodización de la Doctrina Social de la Iglesia", en A. A. Cuadrón, (coord.), *Manual de Doctrina Social de la Iglesia* (Madrid, BAC, 1993) 35.

tura". Responde, sin duda, a los orígenes y experiencia de labrador que tenía Juan XXIII, que siendo ya Papa aludía sin complejos a los informes que recibía de su familia sobre la marcha de las cosechas. La notable precisión del programa que propone revela la intervención de una mano bien experta en la materia.

La *Mater et Magistra* es igualmente el documento pontificio que trata con mayor extensión de los fundamentos y razón de ser de la Enseñanza Social de la Iglesia, proponiendo un ambicioso programa para su difusión y estudio (MM 218-239). Es necesario reconocer, sin embargo, que esta primera encíclica social de Juan XXIII tuvo escasa audiencia, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil. A pesar de ello hay una anécdota significativa: El Ché Guevara —entonces ministro cubano de industria— recomendó su lectura a los "católicos cavernarios de América" si es que deseaban evitar una revolución social.

El 16 de noviembre de 1962, después de oír a sus médicos Valdomi y Mazzoni, Juan XXIII intuyó que una enfermedad inexorable le concedía sólo un breve resto de vida; y decidió consagrarlo a la causa de la paz. Era —no lo olvidemos— el tiempo de la guerra fría. La construcción del Muro de Berlín en 1961 y la crisis de los misiles instalados en Cuba en 1962 había puesto a la humanidad al borde de una guerra nuclear. El Papa Roncalli esbozó en un papel una motivación espiritual y encargó a Mons. Pietro Pavan —un hijo de sindicalista que ya había sido el redactor de la *Mater et Magistra* y que en 1985 sería elevado al cardenalato por Juan Pablo II— la preparación de un esquema. El 7 de enero de 1963 Mons. Pavan volvió al Papa con la primera redacción de lo que sería la *Pacem in Terris* (PT), elaborada en un tiempo relativamente breve. Hasta la fecha de su publicación —el 11 de abril, Jueves Santo— Juan XXIII tuvo tiempo de meditarla, discutirla con otros asesores e imponerle su estilo con cariño, pues la consideraba como su último regalo a los hombres. En cierto modo puede considerarse su testamento espiritual.

Es necesario llamar la atención, ante todo, sobre su claridad y sencillez de exposición, cosa no demasiado frecuente en la Enseñanza Social de la Iglesia. Se sabe incluso que el mismo Papa mandó acortar el texto y reducir las citas intercaladas para hacer más fácil su lectura.

Como indica su nombre, el tema central de la *Pacem in Terris* es el de la paz, pero contiene también, por primera vez, una declaración sistemática de los derechos humanos (PT 11-27) y ofrece una síntesis de la doctrina política (PT 46-79).

Tuvo especial trascendencia el n. 159 en el que sostuvo la necesidad de distinguir entre la ideología inicial de un movimiento y su evolución posterior. Por muy incompatible con la fe cristiana que fuera la ideología original, podría ocurrir que el movimiento surgido de ella hubiera ido renunciando con el tiempo a buena parte de los elementos inaceptables. Si fuera así —preguntaba el Papa—, "¿quién puede negar que, en la medida en que tales corrientes se ajusten a los dictados de la recta razón y reflejen fielmente las justas aspiraciones del hombre, pueden tener elementos moralmente positivos dignos de aprobación?".

Aunque no nombró a nadie en particular, todos intuyeron que estas palabras se aplicaban de forma muy especial al marxismo, lo cual pareció confirmarse cuando unos días después se inauguraban en Salzburgo, con el patrocinio del Secretariado Pontificio para los no creyentes, unas conversaciones entre teólogos católicos e intelectuales marxistas.

Ese número 159 causó auténtica sensación, hasta el extremo de que algunos publicistas lo interpretaron como una anulación de la encíclica *Divini Redemptoris*, de Pío XI, y un levantamiento de las excomuniones de 1949. Era una interpretación demasiado ligera porque, evidentemente se mantenía la condena del ateísmo y del materialismo de la ideología marxista. Pero comenzaba un clima nuevo. Passolini dijo entonces que amaba a Juan XXIII porque fue el primero en no tratar a los comunistas como demonios.

Con la *Pacem in Terris* inauguró Juan XXIII la costumbre de dirigir las encíclicas sociales no sólo a los católicos, sino también "a todos los hombres de buena voluntad". Después lo harían Pablo VI (*Populorum Progressio*) y Juan Pablo II (*Redemptor Hominis, Laborem Exercens, Sollicitudo Rei Socialis y Centesimus Annus*)¹⁵.

Dos días antes de la publicación, el mismo Juan XXIII explicó el sentido de esta novedad en una breve alocución con motivo de la firma de la Encíclica: "Las líneas doctrinales brotan también de las exigencias íntimas de la naturaleza humana y caen, las más de las veces, dentro de la esfera del derecho natural. Esto explica una innovación peculiar de este

¹⁵ En realidad, el primer Papa que dirigió un documento al mundo entero fue León XIII el 20 de junio de 1894 con la Carta Apostólica *Praeclara Gratulationis* dirigida "a todos los gobernantes y pueblos del mundo" (*Doctrina Pontificia*, t. 2, pp. 318-342), pero tenía un significado muy distinto porque era un llamamiento a todos los pueblos a la unidad católica.

documento, dirigido no sólo al episcopado de la Iglesia universal, al clero y a los fieles de todo el mundo, sino también "a todos los hombres de buena voluntad"¹⁶. Como se ve, se trata de mucho más que un gesto publicitario. Obliga al Papa a cuidar atentamente los argumentos basados en la razón natural.

Conviene destacar la dependencia de esta Encíclica respecto del magisterio de Pío XII. Casi la mitad de sus 73 citas son del Papa Pacelli. Ya dijimos que su magisterio político fue muy importante.

En opinión de J. M. Díez-Alegría, "la encíclica *Pacem in Terris* ha sido probablemente la más importante de todas las encíclicas de los papas modernos y la que tuvo mayor credibilidad"¹⁷. En todo caso resulta evidente que Juan XXIII supo ganarse el afecto de todos. Cuando pocas semanas después de la publicación de la encíclica el buen Papa Juan agonizaba, el mundo entero dirigía sus ojos y su corazón hacia el piso tercero del Vaticano.

V. LA "GAUDIUM ET SPES"

Lo que hoy es la *Gaudium et Spes* (GS) —uno de los frutos más maduros del Concilio Vaticano II— no estaba originalmente prevista. La idea surgió al final de la Primera Sesión, cuando el Card. Suenens propuso agrupar en un documento aparte todas las afirmaciones que había en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia referidas a su presencia en la sociedad.

Probablemente ninguno de los esquemas que se discutieron en el Concilio Vaticano II fue seguido con tanto interés por la opinión pública como el llamado "Esquema XIII". Sin duda, tampoco ningún otro documento tuvo una gestación tan laboriosa. Baste recordar que no se aprobó hasta el 7 de diciembre de 1965, la víspera de la clausura del Concilio. De hecho, el primer borrador, que prepararon las comisiones romanas en una estricta continuidad con el pasado, fue pronto arrinconado y peritos

¹⁶ "Locución de Su Santidad en la mañana del 9 de abril de 1963 en la ceremonia de firma de la encíclica 'Pacem in Terris': *Ecclesia* 23 (1963) 450.

¹⁷ J. M^a Díez-Alegría, "De la doctrina social de la Iglesia al mensaje social del Evangelio", en C. Floristán / J. J. Tamayo, (coords.), *El Vaticano II, veinte años después* (Madrid, Cristiandad, 1985) 351.

conciliares de las más diversas procedencias, muchos de los cuales habían sufrido en su carne ataques y censuras, empezaron la tarea desde cero.

En la Constitución se abordan todos los grandes temas de la Enseñanza Social de la Iglesia –y se abordan muy bien–, incorporándose uno que no había tenido cabida hasta entonces: la cultura. Esto representa ya una novedad de envergadura. Pero más importante todavía que los contenidos, es la nueva metodología que se consolida en la *Gaudium et Spes* (digo que se consolida porque ya había empezado a manifestarse con Juan XXIII): En vez de partir de principios abstractos de los cuales, por deducción, se buscaban aplicaciones a la realidad, se parte ahora de los datos empíricos: "Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio" (GS 4).

Igualmente podemos decir que con la *Gaudium et Spes* se consolidó el clima no condenatorio que había iniciado Juan XXIII. La Iglesia pasó definitivamente de una postura apologética y negativa frente al mundo moderno a una postura dialogante –"del anatema al diálogo", como decía el título de un famoso libro¹⁸–. Lo puso de manifiesto Pablo VI al clausurar el Concilio: hemos "reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad que la verdad", pero "una corriente de afecto y de admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno"¹⁹. De hecho, la *Gaudium et Spes* afirma algo que, hasta ese momento, nunca se había dicho explícitamente: que la Iglesia puede recibir lecciones del mundo (GS 44).

VI. PABLO VI

La primera encíclica social de Pablo VI –la *Populorum Progressio*– fue preparada cuidadosamente durante tres años. Entre 1964 y 1967 se discutieron siete proyectos. Por fin se publicó el 26 de marzo de 1967. Dos días después Pablo VI firmó cinco ejemplares y los envió al Secretario General de las Naciones Unidas, al Director de la UNESCO, al

¹⁸ R. Garaudy et al., *Del anatema al diálogo* (Barcelona, Ariel, ²1971).

¹⁹ Pablo VI, "Alocución pronunciada el 7 de diciembre de 1965", n. 9 (*Concilio Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Legislación posconciliar* [Madrid, BAC, ⁷1970] 1.111).

Director de la FAO y a los Presidentes de "Iustitia et Pax" y "Caritas Internationalis". Con ello expresaba simbólicamente que la encíclica quería ser, antes que nada, una llamada a la acción para acabar con la injusticia que padece el Tercer Mundo. Su estilo —vivo y conciso— está al servicio de ese fin.

La Encíclica se aleja de la ilusión reformista y defiende la necesidad de "transformaciones audaces, profundamente innovadoras" (PP 32). El durísimo juicio de la *Populorum Progressio* sobre el capitalismo suscitó un intenso debate. Recordemos aquí sus palabras: "Por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad (surgidas de la revolución industrial) ha sido construido un sistema que considera el lucro como motor esencial del progreso económico; la concurrencia, como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción, como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pío XI..." (PP 26).

Mientras unos se alegraron de ver por fin condenado el sistema capitalista por el magisterio pontificio, otros acusaron al Papa de simplista e ingenuo. Por ejemplo, *The Wall Street Journal*, en su número del 30 de marzo de 1967, calificó la encíclica de "marxismo recalentado". Sin embargo, en honor a la verdad es necesario decir que una lectura atenta del texto original exige aquilatar mucho el alcance de esa condena. La *Populorum Progressio* se escribió originalmente en francés, y allí el tiempo de los verbos está en pasado. Traduzco literalmente: "Por desgracia, sobre estas nuevas condiciones de la sociedad, se construyó un sistema que consideraba (*considérait*) el lucro como motor esencial del progreso económico, la competencia como ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este liberalismo sin freno conducía (*conduisait*) a la dictadura justamente denunciada por Pío XI..."²⁰. Esto hace pensar que Pablo VI no está hablando del capitalismo evolucionado existente en los países desarrollados, sino del capitalismo salvaje que acompañó a la industrialización en su primera fase.

²⁰ *El Desarrollo de los Pueblos*. Carta encíclica de S.S. el Papa Pablo VI. Texto original francés y versión castellana (Madrid, EDICUSA, 1967) 14.

Es necesario decir, sin embargo, que ese liberalismo económico salvaje perdura todavía hoy en muchos países del Tercer Mundo y es el que rige la economía internacional. De hecho, la *Populorum Progressio* criticó en la esfera internacional el liberalismo económico que permitía a los países ricos aprovecharse de los pobres (PP 56-61). En el interior de los países pobres defendió la expropiación de los latifundios (PP 24). Fue además muy comentado el número 31, en el que admitía la insurrección revolucionaria "en el caso de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país".

La *Populorum Progressio* desarrolló también la obligación moral que tienen los países ricos de ayudar económicamente a los que se encuentran en vías de desarrollo: "Ante la creciente indigencia de los países subdesarrollados, se debe considerar como normal el que un país desarrollado consagre una parte de su producción a satisfacer las necesidades de aquellos" (PP 48). En cuanto a la procedencia de esos fondos, Pablo VI propuso dos fórmulas. La primera de ellas —muy comentada en su momento por la prensa— fue crear "un gran *Fondo mundial* alimentado con una parte de los gastos militares" (PP 51). Como es sabido, a partir de 1988 empezaron a disminuir los gastos mundiales de defensa, sin embargo, el ahorro acumulado —bastante más de un billón de dólares en estos nueve años— se ha destinado a reducir los déficits presupuestarios y a otros gastos no relacionados con el desarrollo. La segunda fórmula propuesta por Pablo VI fue que los ciudadanos de los países ricos sacrifiquen una parte de su confort: "A cada cual toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época. ¿Está dispuesto a sostener con su dinero las obras y las empresas organizadas en favor de los más pobres? ¿A pagar más impuestos para que los poderes públicos intensifiquen su esfuerzo para el desarrollo? ¿A comprar más caros los productos importados a fin de remunerar más justamente al productor? ¿A expatriarse a sí mismo, si es joven, ante la necesidad de ayudar a este crecimiento de las naciones jóvenes?" (PP 47).

En algunos estudios sobre la *Populorum Progressio* publicados con ocasión del 20 aniversario de su publicación se ha destacado como su gran aportación a la Enseñanza Social de la Iglesia la antropología que presenta en los números 12-21. Como anécdota, digamos que la *Populorum Progressio* es, hoy por hoy, la única encíclica que se ha "atrevido" a citar autores modernos: dos veces al P. Lebreton (que fue, precisamente, el

principal redactor de la Encíclica y murió sin conocer el texto definitivo), otras dos veces a Jacques Maritain (el Card. Montini tradujo al italiano *Humanismo integral*), y una vez a Colin Clark, al P. Chenu, a Nell-Breuning, Mons. Larrain, Palanque, Henri de Lubac, Pascal y M. Zundel.

Sin embargo, un año después de la *Populorum Progressio* el Papa Montini abordó nuevamente el problema de la violencia revolucionaria sin admitirla ni siquiera en casos excepcionales. Fue el 23 de agosto de 1968 en Bogotá durante el discurso de apertura de la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano: "Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social —dijo—, nosotros no podemos escoger ni el del marxismo ateo, ni el de la rebelión sistemática, ni mucho menos el del derramamiento de sangre y de la anarquía. Distingamos nuestras responsabilidades de las de aquellos que, por el contrario, hacen de la violencia un ideal noble, un heroísmo glorioso, una teología complaciente"²¹. Estas palabras fueron interpretadas por los observadores como un intento de poner sordina a lo que había escrito en la *Populorum Progressio*.

De hecho, nunca más volvió a mencionar la posibilidad de una insurrección violenta. Recordemos, por ejemplo, el texto de *Evangelii Nuntiandi*: "La Iglesia no puede aceptar la violencia, sobre todo la fuerza de las armas —incontrolable cuando se desata— ni la muerte de quienquiera que sea, como camino de liberación, porque sabe que la violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y de esclavitud, a veces más graves que aquellas de las que se pretende liberar" (n. 37). Y cita a continuación sus intervenciones en Colombia, sin mencionar para nada el número 31 de la *Populorum Progressio* (en cambio la segunda Instrucción de la Congregación de la Fe sobre la teología de la liberación mantiene su vigencia para casos extremos²²).

Cuatro años después, para conmemorar el 80 aniversario de la *Rerum Novarum*, el Papa Montini publicó la *Octogesima Adveniens* (OA), que no es una encíclica, sino una "Carta Apostólica" dirigida al Cardenal Maurice Roy, entonces presidente de la Comisión Pontificia "Iustitia et Pax".

²¹ II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Iglesia y liberación humana. Los documentos de Medellín* (Barcelona, Nova Terra, 1969) 271-272. En términos semejantes se expresó en otros dos discursos pronunciados ese mismo día también en Bogotá (o. c., 290 y 294).

²² Congregación para la Doctrina de la Fe, "Libertatis Conscientia (22-3-1986)", n. 79 (*El magisterio pontificio contemporáneo* [Madrid, BAC, 1991] t. 1, p. 365).

Ildefonso Camacho ha sugerido que quizás la polémica provocada tres años antes por la *Humanae Vitae*, que llegó a niveles de considerable acritud, fue lo que movió al Papa a dar consideración de "carta apostólica", y no de encíclica, a este documento ²³.

La *Octogesima Adveniens* sigue el método "ver-juzgar-actuar". Todas las reflexiones parten de una constatación fundamental, obtenida quizás gracias a la práctica inaugurada por Pablo VI de los viajes apostólicos a diversos lugares del mundo: "Ciertamente, son muy diversas las situaciones en las cuales, de buena gana o por fuerza, se encuentran comprometidos los cristianos, según las regiones, los sistemas sociopolíticos y las culturas" (OA 3). Ante tal diversidad el Papa se siente incapaz de pronunciar una palabra de valor universal y cede el protagonismo a las comunidades locales (OA 4). Quizás ésta sea la verdadera razón por la que no quiso dar a su escrito condición de encíclica.

Cuando se publicó la *Octogesima Adveniens* alguien habló de "réquiem por la Enseñanza Social de la Iglesia" ²⁴. En realidad era tan solo un nuevo modo de concebirla; y quizás esa nueva comprensión sea la principal aportación de la *Octogesima Adveniens*.

En cuanto a sus contenidos, la Carta es una síntesis de las orientaciones relativas a la acción política que algunos han bautizado como Carta Magna del pluralismo cristiano: "Una misma fe cristiana —escribió el Papa Montini— puede llevar a compromisos diferentes" (OA 50 a). De nuevo se ve claro que la Iglesia ha renunciado oficial y definitivamente a proponer una "tercera vía" católica.

La *Octogesima Adveniens* plantea de forma novedosa la compatibilidad existente entre marxismo y cristianismo. En 1937, cuando Pío XI negó cualquier posibilidad de acercamiento entre ambos, el marxismo era un bloque monolítico que debía aceptarse o rechazarse en su totalidad. En tiempos de Pablo VI, muchos neomarxistas (como Lukacs) sostenían que la ortodoxia marxista solamente exige aceptar el *método de análisis*, pero no el conjunto de la *cosmovisión*. El Papa Montini no excluyó radicalmente la posibilidad de ese compromiso limitado, pero advirtió: "Es sin duda ilusorio y peligroso olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente (se

²³ I. Camacho, *Doctrina Social de la Iglesia. Una aproximación histórica* (Madrid, Paulinas, 1991) 398.

²⁴ E. Ortiz, "¿Réquiem por la Doctrina Social de la Iglesia?": *SIC* 38 (1976) 31s.

refiere a los diversos aspectos del marxismo), el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología" (OA 34). Más comprensivo se mostró hacia el socialismo no marxista (OA 31).

VII. LAS TRES ENCÍCLICAS SOCIALES DE JUAN PABLO II

Para conmemorar el 90 aniversario de la *Rerum Novarum*, Juan Pablo II publicó el 14 de septiembre de 1981 la encíclica *Laborem Exercens*. Al presentar el nuevo documento en Roma, Mons. Schotte destacó la labor personal del Papa en su redacción. Según parece, sólo cuando estaba terminado se lo dio a leer a algunos especialistas.

El encabezamiento de la *Laborem Exercens* la presenta como una encíclica "sobre el trabajo humano", pero pronto explica el Papa que "el trabajo humano *es una clave*, quizá *la clave esencial*, de toda la cuestión social" (I F 3 b). Y, de hecho, la encíclica hace una relectura de toda la cuestión social desde la perspectiva del trabajo. Juan Pablo II da nuevamente el nombre de "cuestión social" a lo que se había llamado así hasta la *Mater et Magistra* (las relaciones entre el capital y el trabajo), pero con un planteamiento nuevo. Sin duda la experiencia personal del Papa durante los cuatro años que trabajó en la fábrica de productos químicos Solvay —experiencia a la que confiere más valor que a un doctorado, como ha dicho en más de una ocasión— resultó decisiva para elaborar esta encíclica.

Toda su queja es que los trabajadores son considerados como un instrumento de producción, cuya única razón de ser es la rentabilidad económica (LE 7 c), y esto tanto en el capitalismo como en el colectivismo. El colectivismo, en efecto, pretendió cambiar la situación transfiriendo al Estado la propiedad de los medios de producción, pero la experiencia ha mostrado que eso sirvió tan solo para construir un "capitalismo de Estado" (LE 7 c).

Los papas anteriores, al estudiar los sistemas económicos, se fijaban en sus rasgos distintivos: propiedad privada frente a propiedad colectiva, iniciativa privada frente a planificación estatal, etc., y así hacían un juicio diferenciado de ellos. Juan Pablo II, por el contrario, pone de manifiesto que ambos sistemas comparten el mismo error de fondo: el economicismo. De hecho, en esta encíclica —a diferencia de lo que ocurrirá diez años después en la *Centesimus Annus*— no parece existir una preferencia clara por ninguno de los dos sistemas.

Por eso —cosa también nueva— después de la crítica común, desarrolla no sólo las transformaciones que debe afrontar el capitalismo (LE 14 e), sino también las que debe afrontar el colectivismo (LE 14 f, g). Parecía hasta ahora que, o bien la Enseñanza Social de la Iglesia se dirigía tan solo a quienes vivían en países capitalistas, o bien que no existía ninguna posibilidad de reforma en el colectivismo. Ambos sistemas —nos dice ahora el Papa— necesitan hacer efectiva la prioridad del hombre sobre las cosas (LE 12 f): prioridad de los trabajadores sobre la producción (LE 6 f) y prioridad de los trabajadores sobre el capital (LE 12 a).

El tema de la propiedad recibe en la Encíclica un tratamiento novedoso. La *Rerum Novarum* hizo una defensa rotunda, y sin apenas matices, de la propiedad privada. El Concilio dio ya un giro notable al decir que lo primordial es el destino universal de los bienes, al que queda subordinado el derecho de propiedad (GS 69). La *Laborem Exercens* lleva esa lógica hasta el extremo afirmando que lo importante no es *de quién* sea la propiedad (pública o privada), sino *a quién* sirve (LE 14 c).

Para conmemorar el vigésimo aniversario de la *Populorum Progressio*, Juan Pablo II publicó una nueva encíclica, la *Sollicitudo Rei Socialis*, fechada el 30 de diciembre de 1987. Igual que la encíclica del Papa Montini, trata de la justicia entre las naciones.

Sus reflexiones arrancan de una constatación que nadie podía sospechar veinte años atrás: la situación de los pobres del mundo es hoy peor que cuando Pablo VI escribió su encíclica (SRS 14) y, lo que es todavía peor, ha desaparecido la esperanza (SRS 12). Eso le lleva a cuestionar vigorosamente el modelo de desarrollo perseguido —un desarrollo exclusivamente economicista— (SRS 27-34) y a señalar que los verdaderos obstáculos para vencer la pobreza no son de carácter técnico, sino moral (SRS 35 c, 38 c, 41 f). Sin duda, la principal aportación doctrinal de la Encíclica es la aceptación de un término muy querido para las teologías políticas que hasta ese momento había suscitado no pocas reservas al magisterio de la Iglesia: el de "estructuras de pecado" (SRS 36-37), que se aplica a los dos bloques indistintamente.

Por último, el 2 de mayo de 1991 Juan Pablo II hizo pública una nueva encíclica —la *Centesimus Annus*— para conmemorar, como su nombre sugiere, el centenario de la *Rerum Novarum*. Analiza en ella las "cosas nuevas" de hoy —tan distintas de las "cosas nuevas" que dieron nombre a la Encíclica de León XIII—, especialmente el desmoronamiento repentino, a finales de 1989, de los regímenes comunistas de la Europa del Este.

Ese acontecimiento ha provocado una ruptura epistemológica en el pensamiento social de Juan Pablo II. Llama inmediatamente la atención la sensación de victoria que recorre todo el texto. Ahora no encontramos ya el tratamiento paralelo de ambos sistemas. El colectivismo es visto como el responsable principal de todos los males ocurridos después de la Segunda Guerra Mundial, porque incluso los excesos del bloque occidental se debieron al deseo de contrarrestar sus amenazas (CA 18 a, 19 c-d). Opina con razón Ildefonso Camacho que esta comprensión de la historia contemporánea cae en "una cierta falta de imparcialidad al interpretar el enfrentamiento entre los bloques"²⁵.

A diferencia de lo que habíamos encontrado en la *Laborem Exercens*, ahora se considera que el colectivismo no tenía remedio. Fracasó, en primer lugar, porque no consiguió superar el capitalismo (CA 23 a) — simplemente lo sustituyó por un "capitalismo de Estado" (CA 35 b)— y además agravó los problemas debido a su ineficacia económica (CA 24 a). En opinión del Papa, por debajo de ambos fallos, y provocándolos, hubo otros fallos de carácter antropológico —no respetar la libertad humana (CA 13 a, 24 a, 25 b)— y teológico —el vacío espiritual provocado por el ateísmo (CA 24 b)—.

En cambio el capitalismo —que hoy por hoy parece ser el único sistema viable— le merece un juicio ético mucho más favorable. Condena duramente, desde luego, el capitalismo primitivo de ayer (CA 7 c) y el capitalismo "salvaje" de hoy (CA 42 c), pero hace una descripción elogiosa de la economía social de mercado (él no usa esta expresión), calificándola de "un esfuerzo positivo por reconstruir una sociedad democrática inspirada en la justicia social" (CA 19 b) y afirma que un capitalismo así, bien regulado, puede muy bien ser la meta hacia la que se dirijan los esfuerzos de los países que buscan reconstruir su economía (CA 42 b).

²⁵ I. Camacho, "Una mirada de conjunto a las tres encíclicas sociales de Juan Pablo II": *Proyección* 43 (1996) 283.